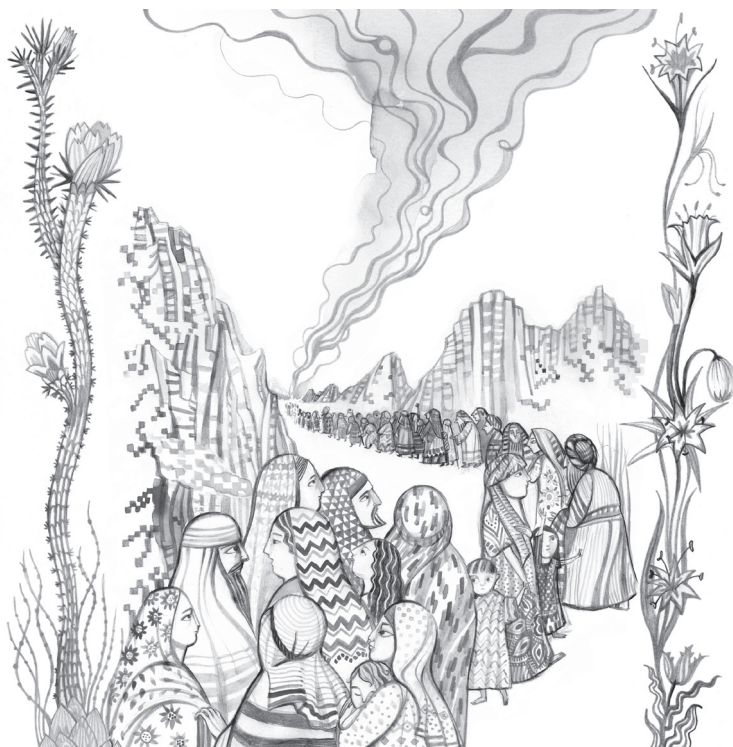


# Misioneros de la alegría

Itinerario para laicos 6.0

El seguimiento de Jesús:  
la llamada a la santidad



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# Sesión 1

## El seguimiento de Jesús: la llamada a la santidad

### Oración inicial

*Aquí estamos, Padre, reunidos en tu nombre.*

*Queremos escuchar tu Palabra que es Jesús, camino, verdad y vida.*

*Permítenos escuchar la llamada que Él hizo y continúa haciendo: sígueme.*

*Una palabra inagotable que hemos escuchado tantas veces.*

*Indícanos el modo de ir en pos de Jesús, de imitarle, de acoger sus sentimientos, su estilo de vida.*

*Concédenos el don del Espíritu, que permita que la llamada de Jesús resuene en nosotros, para que así comprendamos y vivamos nuestra vocación: ser santos, ser discípulos misioneros de Cristo.*

*Unidos a la Virgen María, que conservaba la Palabra en su corazón y, con ella, a todos los testigos de la fe que con su ejemplo nos han precedido.*

*Amén.*

Hacemos un momento de lectura orante de la biblia. En actitud de oración, dejamos que la Palabra nos ilumine y nos renueve. En presencia de Dios, hacemos una lectura reposada del texto.

## LECTIO. PRIMERA SESIÓN

### Lectura del santo Evangelio según san Marcos (1, 14-20)

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.

*Palabra del Señor.*

Leemos de nuevo, cada uno, el texto en silencio.

Y compartimos con los demás:

- + ¿Qué me llama la atención del texto?
- + ¿Qué frase o palabra ha resonado de un modo especial en mí?
- + ¿A qué me invita este relato evangélico?

## Comentario

Jesús ha comenzado su actividad pública proclamando, en voz alta, como si fuera un pregonero, un mensaje: el Evangelio, la buena noticia de Dios. Y este mensaje no es otra cosa sino el programa comprimido de su misión: «se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

«Se ha cumplido el tiempo» se explica con la frase que continúa: «está cerca el reino de Dios». El verbo griego que se usa para decir «estar cerca» expresa una cercanía tan próxima que ya comienza a ser presencia. El reino de Dios que es Dios mismo reinando en este mundo, el Dios del amor y la misericordia, ha establecido su señorío en medio de la humanidad.

Ante este pregón, el hombre debe responder con la conversión y la fe en el Evangelio. Se trata de una invitación a un cambio que va más allá de una conversión moral, es una llamada a una transformación total de la vida, un cambio de mentalidad, del corazón, que lleva a estar totalmente centrados en el Evangelio, renunciando a otras seguridades humanas.

La segunda escena, que narra la llamada a los primeros discípulos, se encuentra en estrecha relación con lo anterior y pone de manifiesto que la invitación general de Jesús en 1, 14-15 se vive en un seguimiento particular. La vocación a la santidad es universal, pero es una llamada que cada uno de nosotros recibe de Jesús, siendo llamados por nuestro nombre y en nuestra situación propia de vida, en nuestro camino.

La escena, que tiene como protagonista principal a Jesús, porque es el que toma la iniciativa, se desarrolla junto al mar de Galilea. Un mar que es en realidad un lago y Jesús está en las orillas. El papa Francisco nos invita constantemente a salir, a ir también nosotros, como Jesús, a las orillas, a las periferias para invitar, para llamar al seguimiento de Jesús, a convertirse en discípulos.

El texto narra la llamada de cuatro discípulos, en dos fases muy parecidas y con frases breves, sobrias y directas, que reclaman una respuesta inmediata.

La primera acción que realiza Jesús es mirar. No se trata de una mera percepción, sino un ver más profundo, intencional y preciso. Siempre que Jesús ve a alguien sucede algo, se produce un cambio existencial en la persona que es mirada. Mirar así es como si fuera un acto creativo, porque funda algo nuevo, una relación especial, duradera, que va a marcar la vida entera. La mirada de Jesús es una mirada que enamora, que contagia, ante la que uno se siente seducido («Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; has sido más fuerte que yo y me has podido», *Jer 20, 7a*). Dejémonos también nosotros mirar por el Señor en este momento concreto de nuestra historia.

Jesús sitúa el foco de su mirada, en primer lugar, en dos personajes que tienen nombre propio: Simón y Andrés. Ambos son hermanos y están en su trabajo de la pesca, algo común en aquella zona. Jesús les habla de un modo directo, seguro y sin vacilaciones. Los llama al seguimiento (venid en pos de mí) y a una misión (ser pescadores de hombres). Y la respuesta de ellos es inmediata. Son momentos emocionales y afectivos, más que cognitivos o racionales. La mirada y la palabra de Jesús fueron como una flecha lanzada al corazón de estos pescadores, que dejan su trabajo de toda la vida para dedicarse a la obra de Jesús, al anuncio del reino de Dios. También nosotros somos llamados a colaborar en la gran acción de Dios, como pescadores, echando las redes, para reunir a todos los hombres en el reino de Dios.

A continuación, Jesús se fija en otra pareja de hermanos: Santiago y Juan. Se trata de un episodio muy parecido al anterior, en el que los llamados no solo dejan el trabajo, sino que también se desvinculan de los lazos familiares. El seguimiento de Jesús implica dejarlo todo, el tipo de vida que uno ha llevado hasta ahora. Lo más importante para un discípulo de Jesús es estar en comunión de vida con él y en base a este criterio se debe dejar todo aquello que lo impida.

De este relato de vocación se pueden extraer varias ideas fundamentales. La primera es que la iniciativa en toda llamada, en toda vocación, parte de Jesús, es decir, es una gracia de Dios. Es una llamada singular a cada uno por nuestro nombre y en nuestra situación personal y profesional concreta. Pero, al mismo tiempo, podemos observar que Jesús llama contemporáneamente a cuatro discípulos, lo cual indica que la llamada personal es para vivirla en comunidad, no de un modo aislado. Un rasgo característico que señala que ha comenzado el reino de Dios es la creación de una nueva fraternidad en torno a Jesús y que es el inicio del pueblo escatológico, el pueblo de los últimos tiempos. La llamada de Jesús es en primer lugar para adherirse a Él, a su persona, para entrar en comunión de vida con Él, y después vendrá la misión de «pescar hombres».

## MEDITATIO

«El Señor lo pide todo y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: “camina en mi presencia y sé perfecto” (*Gen 17, 1*)».

Francisco, *Gaudete et exsultate*, n. 1

Así inicia el papa Francisco su reflexión sobre la santidad de todo el Pueblo Santo de Dios, en el que somos convocados a cultivar y acrecentar la vocación más íntima y radical que configura nuestra vida a imagen de Cristo. Esta tiene en el bautismo su raíz, que nos unió a Él para siempre. Se trata de proponer de nuevo lo que el Concilio Vaticano II destacó con fuerza, y que es como la estrella que orienta a todos los bautizados: «todos los fieles cristianos, de cualquier condición y

estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (LG, n. 11).

Un cristiano sabe que su vida es una misión, y ésta tiene su pleno desarrollo en Cristo, el Hombre Nuevo. Y así, la santidad es creer en Él y seguirlo, vivir en unión con Él los misterios de su vida, pues es ahí donde descubrimos el sentido de nuestro vivir como un camino que nos lleva a ser transformados a su imagen. Hablar de santidad es hablar del seguimiento de Cristo. Por tanto, «la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Así cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su Pueblo» (GE, n. 21).

Por esto, es necesario volver continuamente a la escuela de Jesús para ser educado en su forma de reconocer la vida e interpretarla, para elegir lo que Él propone. Y de este modo, aprender a esperar como Él nos enseña, a vivir con Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Se trata de alcanzar una forma de ver la vida según la mente de Cristo (cf. 1 *Cor* 2, 16). Así progresamos en el conocimiento personal de la fe, descubrimos la presencia de Cristo en su Iglesia y la misión salvadora a la que siempre nos convoca.

Para cada uno Dios tiene un camino. Llamados a ser santos, «cada uno por su camino», desde dónde estemos y seamos. Un camino que no hacemos en solitario sino dentro del Santo Pueblo de Dios. Una multitud de testigos que nos acompaña siempre. En la Sagrada Escritura encontramos el testimonio de aquellos que siguieron de cerca a Jesús (*Heb* 12, 1-3). Nos descubren los rasgos del auténtico santo que es Jesús mismo, y desde él a todos los sus discípulos, que en medio de sus limitaciones y dificultades, siempre se levantaron para ir en pos de Él y así cada uno, bajo el impulso de la gracia divina, va construyendo la figura de santidad que Dios quería para ellos.



En nuestra cultura, donde el individualismo marca la vida de muchos, hay que pensar la vocación cristiana a la santidad desde la pertenencia al santo Pueblo de Dios. «El Señor, en la Historia de la Salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso, nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta las complejas relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo» (GE, n. 6).

El camino de la santidad se teje en las múltiples relaciones y acontecimientos que surgen en la vida y es en el día a día donde se manifiesta la santidad en la Iglesia. «Esa es, muchas veces, la santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros, y son un reflejo de la presencia de Dios, para usar otra expresión, la clase media de la santidad» (GE, n. 7). Una propuesta muy valiosa que nos recuerda cómo los grandes acontecimientos de la historia han estado influenciados por tantas personas, que, como el rocío de la noche, han fecundado con su comportamiento la vida de los hombres. Una santidad que va incluso más allá de la Iglesia, pues el Espíritu suscita por doquier respuestas que también iluminan el camino de los discípulos de Cristo.

Es verdad que cuando hablamos de santidad tendemos a fijarnos en los comportamientos heroicos y extraordinarios. Pero, al hacer esto, nos autoexcluimos de ese camino, pensando que eso es para otros. Frente a esto el papa nos recuerda: «No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La Santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida “existe una sola tristeza, la de no ser santos”» (GE, n. 34)

El camino de la santidad se desarrolla en la trama de nuestra vida cotidiana personal, familiar y social. No existe ningún espacio excluido. En toda circunstancia, incluso en las que experimentamos mayor dificultad, podemos crecer y entregarnos al Señor. La cuestión es si queremos como Él quiere. Entonces estamos en sus manos, que nos sostienen e impulsan. Estas palabras, que el Concilio Vaticano II, refiere a la Iglesia, también iluminan el camino de santidad de cada bautizado: «La Iglesia “va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. 1 *Cor* 11, 26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos» (LG, n. 8d).

### CONTEMPLATIO

El tiempo de la *contemplatio* es momento para establecer un diálogo con Jesús. Cada uno de nosotros está implicado en su vivir y es ahí donde el Señor viene a nuestro encuentro. Vivir despiertos y atentos con el deseo de encontrarle es un elemento fundamental, pero todavía es más la confianza de que el Señor nos llama y viene a nuestro encuentro.

Nuestra primera mirada es a la totalidad de nuestra vida, como un camino de santidad. El papa Francisco nos propone un texto muy iluminador. En esta situación «pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy» (GE, n. 23).

«Ojalá pueda reconocer cuál es esa Palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu (...). El Señor la cumplirá también en medio de tus temores y malos momentos, con tal de que no abandones el camino del amor y esté siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina» (GE, n. 24).

En este momento, al dejarte iluminar por Jesús, que llama, pídele que abra tu corazón y tu inteligencia para saber descubrir qué quiere de ti, aquí y ahora. ¿Qué necesitas para poder continuar el camino y ser un discípulo misionero, un santo?

«En la medida en que se santifica, que se impregna, que se deja habitar por el Espíritu de Cristo y que se deja habitar por sus sentimientos, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo» (GE, n. 33).

## ACTIO

Jesús “pasa”, “mira” y “llama” a seguirle. ¿A mí a qué me llama?

Para saber la respuesta hacemos uso del *discernimiento*.

Siguiendo el testimonio del Evangelio, Jesús nos llama a seguir sus pasos.

Una llamada que hoy continúa resonando en la vida de la Iglesia por la acción del Espíritu Santo y que se manifiesta en toda una cadena de hombres y mujeres que le han respondido.

A veces tenemos la tentación de pensar que ser santos solo está reservado para quien esté en tiempo para vivir en oración o realizar alguna obra extraordinaria. No es así. «Todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo nuestro testimonio en las ocupaciones de cada día allí donde se encuentre» (GE, n. 14).

Ser santos quiere decir que se trata de una misión inseparable de la misión de la construcción del reino de Dios. Tu identificación con Cristo y sus deseos, implica el empeño por construir, con Él, ese reino de amor, justicia y paz para todos. Cristo mismo quiere vivirlo contigo, en todos los esfuerzos o renunciaciones que implique, y también en las alegrías y en la fecundidad que te ofrezca. Por lo tanto, no te santificarás sin entregarte en cuerpo y alma para dar lo mejor de ti en ese empeño (GE, n. 25).

Seguir a Jesús, ser santos, es participar en el Reino que ya está entre nosotros. Jesús nos llama, con la fuerza del Espíritu, a ser sus colaboradores en el crecimiento y expansión de su Reino de justicia y amor, de verdad y de paz. En esta hora, ¿cuál puede ser mi/nuestra aportación? ¿Qué es lo más importante para seguir el camino de la santidad? ¿Cómo lo haces?

Nuestra participación en las celebraciones de la fe, ¿es una llamada para encontrarnos con el Señor?

¿Qué experiencias pueden expresar mejor nuestro camino como seguidores de Jesús, nuestro camino de santidad?

Existen dos peligros que nos impiden descubrir la voz de Dios en los acontecimientos: el gnosticismo y el pelagianismo. El primero se refiere a tener un esquema o prejuicio previo, negando que Dios tenga un proyecto para nosotros, rompiendo la conexión entre la fe y la vida. El segundo se refiere a quienes al afrontar los problemas no necesitan a Dios, sino que pueden solucionarlos ellos solos. De esto habla el papa en el capítulo segundo de su exhortación.

¿Tengo estas actitudes en mi vida?

¿Escuchamos y leemos nuestra vida a la luz de la Palabra?

Hay muchas maneras de ser llamado. La escucha de la Palabra es un camino. No se trata de oír voces, sino de estar atentos a los

efectos que la escucha provoca en nosotros; también a los sentimientos y deseos que el encuentro con personas y situaciones suscita en nosotros. El Espíritu de Dios habita nuestra historia. Estos momentos son llamadas como la que Jesús hace a Pedro, Andrés, Juan o Santiago. Todo cristiano es llamado por Jesús para participar en su Reino. Todos tenemos vocación, cada uno la vive de distinto modo: educación, medicina, arte, por ejemplo.

Dios nos llama a ser la clase de personas que estamos destinadas a ser.

¿A qué te sientes llamado por Jesús?

¿En qué momento fuiste consciente que Jesús te llamó para caminar con Él? ¿Cómo puedo seguirle más de cerca?

## Oración

Jesús,  
haz que sepamos dar gracias por tu llamada,  
por la vocación que has suscitado en nosotros a la santidad.  
Que sepamos aceptar la fuerza de tu Espíritu que en nosotros actúa,  
para que, en medio de las limitaciones y dificultades,  
volvamos los ojos hacia ti y nos ofrezcamos para seguir tus  
pasos.  
Que te demos gracias por la fuerza de tu Espíritu,  
que nos hace partícipes de tu misión, misioneros de tu Palabra  
poderosa.  
Que no tengamos miedo de desear ser santos,  
confiando en tu ayuda, que se hace presente en la Iglesia,  
caminando junto con nuestros hermanos hacia el Padre: causa,  
guía y meta de todo.

Amén.





